

RECENSIONES

EL TERROR SIN MIEDOS

Antonio CASTILLA CEREZO. *La Condición Sombria. Filosofía y Terror*. ed. Plaza y Valdés, Madrid, 2014.

Hay autores que deberían haber seguido el ejemplo de Schopenhauer y, en los prólogos de sus libros, permitirse dar indicaciones sobre cómo deben ser estos leídos; así, como sucede en el prólogo de *El mundo como voluntad y representación*, Antonio Castilla Cerezo debería haberse permitido, en su introducción a *La Condición Sombria*, sugerir que el libro se lea dos veces. No solo porque sea un texto lleno de matices y posibles referencias, de sugerencias e invitaciones a la reflexión más allá de lo dicho, sino también por duplicar el disfrute de la belleza que supone tal despliegue de sabiduría. *La condición sombria*, cuyo subtítulo es *Filosofía y terror*, es un libro, que, por hacer el juego, se podría decir «terrorífico», en el sentido de que la percepción de tan altos niveles de erudición bloquea y paraliza, detiene el tiempo, y hay momentos en que, cuando el lector sale de ese sobrecogimiento, solo puede decir: esto es algo monstruoso. Monstruoso y a la vez hermoso, como pocos libros de filosofía se han escrito recientemente. Y es que ya decía Blanchot, como el propio autor de este singular trabajo destaca, que la literatura tiene algo monstruoso, incluso cuando no se maneja con monstruos. En este caso, quizá por ir precisamente de la nada al todo.

Conocí a Antonio en un congreso sobre Nietzsche, cuando él hacía una exposición sobre la lectura nietzscheana de Platón y, desde ese momento, quedé sorprendida por la claridad y la lucidez de sus aportaciones. Su tono de voz —no muy alto,

pero sí decidido y firme—, la sinceridad y el amor que transmitía por el conocimiento, me animaron a felicitarle y a pedirle el texto que allí había ofrecido, texto que generosamente me envió días después, lo que sirvió para que constatará lo que mi intuición ya me había revelado aquel día: que estaba ante un verdadero filósofo. Después, en charlas posteriores y conociendo algo más de su vida, comprendí que la vastedad de conocimientos que posee es una consecuencia, en parte, de sus muchos años como profesor de universidad en México y en Barcelona —entre otros lugares—, y a la profunda dedicación, cariño y entrega que tiene hacia sus alumnos.

En la primera línea de la Introducción ya se nos advierte claramente: «El objetivo de estas páginas es pensar el terror». No se nos da ningún motivo autobiográfico para hacer tal cosa; quizá el argumento más relevante sea la convicción del autor de que, en la historia de la filosofía, se ha vuelto la espalda o ha habido un bloqueo a la hora de pensar el terror, cuando, en realidad, se tenían las mismas herramientas y medios para pensarlo que se tenían para pensar en otros temas. También puede entreverse, por la mención que hace de algunos estudios anteriores sobre este tema (los de Arturo Leyte, Félix Duque, etc.), que estos pudieron constituir la semilla de la inquietud de este autor para adentrarse en tan complejo e inagotable problema. Pero es a colación de lo primero, de esa certeza de que la filosofía se había dejado algunos «deberes» sin hacer, por lo que Antonio Castilla inicia un recorrido histórico por ese núcleo del olvido de pensar el terror partiendo de autores como Sócrates-Platón, Aristóteles, Plotino, Agustín, Nietzsche o Blanchot, aunque el primer capítulo se salte este recorrido cronológico



y comience pensando en el mal, la violencia y el miedo, de la mano de Leibniz y Hegel, como tres elementos que han impedido pensar el terror. Tanto Leibniz como Hegel evitaban ocuparse del terror en cuanto estado de ánimo, y se limitaban a emplazarlo en un determinado lugar, a situarlo en su origen; dicho de modo muy general, y resumiendo al máximo lo que el autor explica, Leibniz lo situaba en la carencia de nuestro entendimiento y Hegel en el marco de la época del Terror tras la Revolución Francesa. Pero no solo nos habla Antonio Castilla de ellos, sino también de la visión de ambos desde el punto de vista de Deleuze, A. Kojève, o J. L. Pardo. Y al dúo Hegel-Leibniz se termina uniendo Aristóteles, en una especie de guiño a Deleuze y a Pardo, porque el pensamiento de la diferencia —el de la diferencia en sí misma y no entre dos cosas (el tratado en *Différence et répétition*, de 1968)— también ha sido el gran marginado de la filosofía, o al menos un problema que ha evitado pensarse, igual que ha sucedido con el asunto del terror, como el autor observa y cuya afirmación es del todo cierta.

Como se ve, la riqueza filosófica con la que se tratan estas cuestiones es notable. El estudio de Sócrates-Platón —en el capítulo segundo y bajo el título «El filósofo y el trauma. Ensayo sobre el relato platónico de la muerte de Sócrates»— también goza de una riqueza de referencias y de buenas compañías, en las que el autor se apoya. A partir de las ideas de G. Colli, Antonio Castilla hace referencia al acontecimiento traumático o fundacional de la filosofía como es la muerte de Sócrates, y al ya conocido problema que extrae G. Colli de la oposición y contraste entre lo ideal y lo real, elementos irreconciliables. Por supuesto, se suman los análisis de *Teeteto*, *Banquete*, *República* o *Leyes*, también de la mano de Colli, para acercarse después, en el capítulo tercero —sobre Plotino y Agustín—, al terror vinculado a la desemejanza. Según explica el autor, Plotino pensará el temor como un obstáculo para la elevación del alma, un temor que debe superarse, mientras que en Agustín ese temor desaparece cuando se toma conciencia del carácter relativo de las cosas de este mundo. El análisis del amor, la belleza y el bien nos acercan a algo que, sin ser directamente terror —porque tal palabra no existía en la lengua griega—, si emplazarán en su origen

a algo similar al terror. Como señala Antonio Castilla, la experiencia de lo bello en Plotino no se refiere directamente al terror, sino a «parálisis e inercia», algo de lo que, sin embargo, en el capítulo quinto, se comprueba que coincide con la definición —o con las dos definiciones— que autor dará sobre el terror. La «muerte en vida del alma» será para estos autores la experiencia terrible por antonomasia. Aquí también se sirve Antonio Castilla de grandes referencias: H. Arendt, F. Duque, P. Hadot, etc.

El capítulo cuatro, «La ascensión del fondo a la superficie. De Spinoza a Blanchot», es uno de los más logrados, a mi parecer, ya que las relaciones que se establecen entre filosofía y terror en Nietzsche —aunque luego se completarán en el siguiente capítulo, cuando se defina qué es el terror—, quedan vinculadas a un tema que nos concierne a los que amamos el arte y en cuya relación con lo terrible encontrábamos antes solo un vago paralelismo. Aquí se analizan el papel que el arte y el lenguaje desempeñan en una cultura, y, aunque de nuevo no se habla directamente del terror, sí se hace referencia a lo terrible que resulta para el hombre moderno la consideración de un Estado al servicio del genio —que en los griegos era el genio de la sabiduría y el conocimiento, y no el genio del artista, excluido este último del Estado—. La afirmación de la propia existencia, la afirmación de que la inmensa mayoría de los hombres deben estar al servicio de una minoría para que esa minoría esté excluida del trabajo y pueda desarrollar el arte, es decir, la apología de cierta esclavitud, tiene en el libro su propio análisis. El problema se completa, además, con el análisis de Blanchot y sus reflexiones sobre la literatura, la concepción del autor como un monstruo o la literatura como algo monstruoso, pues el escritor es «amo de lo imaginario», el que va «de la nada al todo», el que se ve empujado hacia la historia y comparte de alguna manera lo esencial de la revolución, pues, cuando escribe, al igual que sucede en la revolución, todo es posible. Antonio Castilla nos dice: «*Libertad o muerte*: cuando esa frase es la única soportable, aparece el Terror —es decir, el periodo de tiempo durante el cual todo hombre deja de ser un individuo que tiene su trabajo, su vida privada, etc. y todo pasa a ser público,



hasta el punto de que quien alberga en exclusiva un secreto, un pensamiento, una intimidación, es inmediatamente visto como sospechoso—»

La pregunta «¿qué es el terror?» ocupa el capítulo quinto, de donde surge la comparación entre las posiciones de Noël Carroll y su distinción entre terror-natural, terror en el arte y terror-arte, y donde se observan las sutiles diferencias entre horror y terror, las aportaciones de Adriana Cavarero y su propuesta del «horrorismo» en lugar de «terrorismo» y las discrepancias que el autor de este libro tiene con F. Duque acerca de su obra *Terror tras la modernidad*; también podemos asistir a los brillantes análisis sobre si la definición kantiana de lo sublime forma parte de la definición de terror. Las dos definiciones de terror que se ofrecen a modo de conclusión, desde luego, se extraen filosóficamente, retrotrayendo lo descubierto en capítulos previos y atando todos los cabos de manera magistral. Resumiendo, y por no extenderme en los matices: en la primera definición, desde una única perspectiva, el terror es una experiencia en la que el tiempo se detiene y la voluntad se anula; en la segunda, el terror es una fuerza que no puede ser detenida, en ausencia de tiempo, que es indisoluble de la ley de continuidad y «se presenta bajo la forma

de un destino ineludible, de una fatalidad». Es decir, que estaríamos por un lado ante una *experiencia*, y por otro ante una *fuerza*.

El anexo titulado «La literatura y el triunfo del mal» es un pequeño regalo que el autor guarda para el final, en el que se analizan algunos elementos filosóficos en varios relatos de T. Ligotti, acercándonos a cuestiones sobre si debe existir complementariedad entre asombro y terror o cuándo el terror toma, o ha de tomar, elementos de la filosofía. También se analizan algunos aspectos de la obra de Sade, así como del *Frankenstein* de Mary Shelley, en donde se han eliminado los rasgos perversos del carácter del monstruo, con la consiguiente polémica que esto sugiere. En cualquier caso, y aunque estos breves trazos que aquí ofrezco sean una ínfima parte de lo que el libro contiene, puedo decir con seguridad que el terror ha salido ganando en las manos de Antonio Castilla Cerezo, que ha desvelado aspectos desconocidos de esta experiencia humana en el mundo del pensamiento. De la misma manera que Bergson pensó en la risa, Ortega en el saludo o Freud en los sueños, era necesario ahora que la filosofía prestara atención al terror, para cubrir, así, un vacío que arrastramos desde hace siglos.

Delia AGUIAR BAIXAULI

